

Consejos revolucionarios

I

El viejo Abuelo grave de la cabeza cana,
dice que este hacer versos y mirar las estrellas,
y este vivir tan sólo para las cosas bellas
violenta las costumbres de mi estirpe cristiana.

Agrega que mi fiebre cerebral es insana
y que debo en la vida marchar sobre las huellas
de mis antepasados, huyendo a las querellas
con el ayer, que es libro de verdad soberana.

Y dice que me bastan las cuatro operaciones,
escribir sin estilo, y unas cuantas lecciones
de latín, que da gratis el cura del lugar

pues corren por los libros de estos últimos días
tal cantidad de errores y palabras vacías
que, para ser muy parcós, vale más ignorar.

II

— Si el sentimiento es poco la inteligencia es nada,
sobre tu vida siembra, cosecharás amor
si con tus propias manos manejaste la azada,
si el surco humedeciste con tu propio sudor.

Millares de semillas, con un millar en cada
surco de obras felices, y lenta y con dolor
la planta de la Gracia veréis fructificada
y tus ojos mortales se abrirán de pavor.

Es seguro, seguro que ha de venir la aurora
de la virtud, detente mientras tanto, detente,
mejor cruzar los brazos y clausurar la mente,

y huye de las palabras que se estilan ahora,
del demonio vestido de pastor protestante,
y del veneno dulce de la mujer amante.

III

El Abuelo prosigue con su monotonía
y pringan sus palabras a mi alma sensual,
con los viejos prejuicios y el terror por el mal
que informan los principios de su filosofía.

Ya te he dicho, prosigue con garbo, el otro día
que es necesario que huyas de todo lo banal,
pues flotan los pedantes del mundo intelectual
sobre las superficies, perdidos y sin guía.

Cuidar, cuidar el alma que lo demás no importa,
no faltar a la santa comunión de la misa,
no olvidar la oración que de penas conforta,

al argumento irónico oponer la sonrisa
¡y cambiar las costumbres y hasta el habla de hogaño
por aquellas costumbres patriarcales de antaño!

EDUARDO VACCARO.